



ESTUDIOS RECREATIVOS.



El pescador de mas edad estaba contando al mas joven el suceso...

SEGUNDA SERIE.—1857.

AÑO XV. 3.

MIOLLANO.

HISTORIA VENECIANA.

I.

¡Venecia! A esta palabra se erizan los cabellos del editor del Museo, se asustan nuestras lindas lectoras, y hasta la pluma se estremece de terror al trazar estos emborronados renglones que salen de mi tintero de china y de bronce. El eco de cien historias trágicas resuenan en mi oído: góndolas, máscaras, puñales, capuchones, tormentos y prisiones llenan mi imaginación de mil confusas y encontradas ideas. Ojalá que esa Cibeles de los mares al salir de las olas del Océano hubiese dejado en su fondo á todos sus historiadores!!!!...

Vamos al caso.

Entren conmigo nuestras lectoras en una de las cabañas de pescadores que hay en el pintoresco Lido. Pobre es la estancia, muy pobre; pero hay en ella dos jóvenes pescadores, y la juventud y la hermosura todo lo embellece. Están recostados sobre un lecho de algas marinas que forman su lecho común. Al lado de ellos reposan también los instrumentos de su penoso trabajo: cestos, cañas, anzuelos, esparaveles, redes, remos, cuerdas están colgados en las paredes. La cabaña no tiene ni puerta para cerrarla, ni perro para defenderla: es supérflua semejante protección. La pobreza es su guarda, no tiene vecinos, la mar con sus cariñosas olas baña por todos lados la misera cabaña.

El sueño había huido de sus párpados, los desvelaba un suceso que el día anterior había cubierto de espanto á Venecia, á Venecia acostumbrada á no asustarse por nada. Era la víctima del suceso un pescador como ellos. Una horrible revelación había descubierto un misterio todavía mas horrible.

El pescador de mas edad estaba contando al mas joven el suceso. Entrad conmigo despacio en la cabaña, lindas lectoras, no sea que callen al oírlos. Oigamos lo que cuenta el pescador. Estaba prosiguiendo una relación hacia tiempo empezada.

II.

—Verdad dices, hijo mío, mañana habrá en este orgulloso palacio festines, conciertos y saraos: empero, por las alas del león....!

El anciano Carrucio se paró de pronto clavando sus atentas miradas sobre las blancas torres del palacio Morentali.

—El duque mi señor es galante y magnífico, padre mío; sé que ha hecho mas de una extravagancia. Muchas veces mientras conducía su góndola le he visto seguir con la vista grupos de lindas muchachas cual si....

—Silencio, hijo, un fiel servidor debe ser callado, y si el duque te oyese comentar así sus menores gestos te enseñaría que hay para los curiosos indiscretos mansiones mas calientes que lo son estas piedras al Mediodía. No te olvi-

des de tu amigo Miollano, que por haber simplemente reconocido una alhaja en la cabeza de una muger, tuvo que padecer lo que todo el mundo cree y terminar su vida en una de las salas de la *prisión ardiente*.

—Verdad es, padre mío; pero su amo no era el duque Antonio de Régola: y despues no está muy averiguado que fuese el cadáver quemado de Miollano el que hemos pescado.

—¡Por vida de los santos! si quieres aclarar tus dudas la cámara ardiente está todavía allí: yo prefiero una morada mas fresca. Adios, ya veo allá abajo un parroquiano.

Y el anciano gondolero saltó en la popa de su elegante barca, la hizo virar con un golpe atrevido, y pocos instantes despues se encontró lejos de los escalones de mármol.

Su compañero era un joven de vigorosas formas y cuyas facciones eran notablemente hermosas; pero tenia su mirada una espresión siniestra: despues de haber separado de su bronceada frente su sombrero de alas caídas, de que se servia como de un abanico, entabló este soliloquio:

—¡Las prisiones y la muerte!.... Tal vez: sin embargo, yo soy libre de pensar como me dé la gana.... Este altivo Morentali, cuya hija está en vísperas de casarse con Lorenzo el Duelista, debe darme gracias si guardo su secreto. ¡Por San Márcos! ganas me dan de hacerle saber cuanto me debe.... Sí; pero tal vez me daría por recompensa un alojamiento bajo la custodia de los Diez como el que dieron al pobre Miollano. Verdaderamente que es agradable la perspectiva. ¿Pero tengo yo la culpa? Un grande visita á una muger de mi vecindad, sin duda por algun motivo caritativo porque la da dinero, y al salir del dintel de la puerta de la casa se le cae la máscara del rostro y reconozco al conde Morentali. ¿Es mia la culpa? Sin embargo....

—¡Y bien, amigo! le dijo adelantándose un personaje vestido de negro.

—Si yo pudiese encontrar hasta mañana algun parroquiano, antes de la hora en que debo acompañar á mi amo, mi corazón quedaría mas ligero y mas pesada mi bolsa.

—¿Qué noble de Venecia tiene la fortuna de contar á su servicio un gondolero tan prudente y tan sincero?

—Solo un extranjero puede desconocer la librea del duque de Régola.

—Estrangero soy en efecto, dijo el interlocutor enmascarado, y quisiera ver un poco esta gran ciudad: llévame á las calles mas notables, como las llaman aqui, y dame alguna noticia sobre los propietarios de estos magníficos palacios.

Ya la góndola surca las azuladas aguas del canal; el extranjero se halla medio recostado bajo una tienda entreabierta.

—¿Quién habita ese hermoso edificio? dijo al deslizarse la barca por delante de uno de los palacios de Venecia.

El frontispicio de piedra de este palacio está recargado de adornos de mármol: el primero y segundo piso tenían en el centro una gran ventana adornada de ricos arabescos: una terraza se proyectaba á alguna distancia de las dos puertas de honor á las que se subia por una escalinata de muchos escalones. Las otras dos entradas de los lados opuestos se hallaban al nivel del canal; la una servia para los criados, la otra era la puerta por la que salia el amo de su habitación cuando no queria ser visto; la alta chime-

nea, en forma de torrecilla, y los elegantes balcones anunciaban, como todo, la morada de un opulento señor.

—Es el palacio del conde Morentali.

—Creo que he oído ese nombre. ¿Qué reputación tiene?

—No me pertenece á mí, signor, hablar de un personaje tan superior á mí.

—En verdad que eres avaro de palabras. ¿Qué me importa á mí el conde ni su casa? Solo por curiosidad te pregunto; me parece que en nada debe importarte responderme.

—¿Sereis mudo, signor?

—Olvidaré esa historia dentro de una semana, lo que viene á ser lo mismo. Además, aquí tienes una prenda de mi discreción.

—Gracias, señor, dijo el gondolero tomando la moneda de oro que le daba el forastero. Todo lo que puedo decir de ese conde es, que es tan activo y cruel como rico. Hace poco tiempo que hizo perecer en un calabozo á uno de mis camaradas por una ligera indiscreción que se le escapó.

—¿Cómo lo has sabido tú? dijo el forastero.

—Yo mismo con mi padre he sacado el cadáver informe y calcinado.

—¿Y habia testigos de ese descubrimiento? porque supongo que semejante espectáculo no es muy comun.

—No habia ninguno, señor, así que colocamos inmediatamente el cadáver en el sitio donde estaba, porque no tenemos gana de tomar parte en semejante clase de negocios.

—La medida era prudente, amigo. Dime. ¿Es casado el conde?

—Hace mucho tiempo que murió su muger al dar á luz á un hijo y una hija. La joven condesa habita el palacio, es tan bella como Venus y debe casarse mañana con Lorenzo de Castilla, el Duelista, como le llaman.

—¡Ah! ¿Y su hijo?

—Esa parte de la historia es muy singular: el niño desapareció á la edad de unos tres años, y jamás ha vuelto á oírse hablar de él desde entonces. Piensan algunos que pudo haberse caído en el canal, lo que parece bastante probable.

—¿Se deja ver mucho fuera del palacio, el conde?

—No con mucha frecuencia, señor. La última vez que le vi fué hace algunos dias y por una casualidad.

—¿Cómo! ¿y dónde?

—Parece interesaros eso vivamente, señor; sin embargo á vos forastero, puedo decir lo que seria peligroso revelar al oído de un veneciano. Yo habito una calle á la derecha de esta iglesia; allí, mas abajo de la iglesia de Santa Maria, y frente á frente vive una muger con su hija. La joven es muy bella; y supongo que el conde participa de mi opinion porque le veo entrar muchos dias en la casa, donde permanece cerca de una hora.

—¿Cómo has podido reconocerle? yo pensaba que, en Venecia habia la costumbre de llevar máscara para semejantes aventuras.

—El conde tenia una, señor; pero al ir á salir de la casa al coger su bolsa, se le cayó la máscara, se la puso inmediatamente enfureciéndose terriblemente por esto.

—No lo extraño; hombres de su edad y de tal gerarquía debieran obrar prudentemente. ¿Tiene algun extranjero entrada con ese noble?

—Ordinariamente no, señor; pero si quereis verle aprovechad la circunstancia del matrimonio de la señora Gulia, procurad asistir á el, poniéndoos así en contacto del conde, que desde luego os recibirá muy bien.

—Determinado estoy de probarlo, amigo; abordemos á su palacio. Aquí tienes por tu trabajo.

Cayó una segunda moneda en el bolsillo del gondolero: como viraba su barca con destreza, algunos golpes de remo bastaron para llegar al palacio.

—¿Por dónde quereis entrar, señor?

—Por la puerta de los criados: es preciso que comience modestamente.

Enfiló la góndola al parage y llegó al plano. El extranjero saltó entonces fuera de la barca.

—Subireis esos escalones, volvereis á la derecha, allí encontrareis quien os lleve á donde está el conde.

—Muchas gracias.

Abrióse la puerta de encima rápidamente y una brillante luz cayó sobre las formas del extranjero: quitóse su máscara y el gondolero aterrado encontró la sonrisa infernal del conde de Morentali. Un momento despues la puerta que se habia abierto para darle paso volvió á cerrarse: el conde hizo un gesto, y el desgraciado gondolero se encontró prisionero.

—Alejad la góndola y poned á ese hombre en un calabozo.

Y Morentali subió los escalones sin volver á echar una mirada sobre su víctima.

III.

La señora Gulia se hallaba sentada en su cuarto delante de un inmenso espejo cuyo rico marco de oro estaba esmaltado de flores; debajo de él se hallaba una mesa admirablemente incrustada de adornos de marfil, sobre la que estaban colocados los objetos necesarios al tocador de una noble italiana. Delicados perfumes llenaban la estancia: una joven sentada sobre una silla baja cerca de su señora, acompañaba con el sonido de una guitarra los lastimeros acentos de una balada oriental, mientras que otra adornaba á la novia. Las dos hubieran podido pasar por lindas si la presencia de su señora no las hubiera completamente eclipsado. Los poetas en su sueño han personificado la belleza: si esta ficción pudiera realizarse seria en la persona de Gulia. Su frente de nieve, pura y magistosa, hubiera podido parecer altiva sin la espresion elocuente de sus rasgados ojos tan dulces que penetraban hasta el alma: sus largos y brillantes cabellos negros, esparcidos ahora en torno de su cuello, realzaban la esquisita blancura de su cutis. Levantó hasta sus labios de rubí una cruz de perlas cuya blancura hubiera podido borrar las que ella descubria entonces. El vestido oscuro que tenía dejaba desnudos sus brazos y sus brillantes hombros, dejando percibir sus lindos y brevísimos pies que descansaban sobre un almohadon de terciopelo. Levantó su mano cuyos delicados perfiles se ocultaban en las ondas de su cabellera. Se apoyó en su brazo y lloró.

¿Qué motivo podia hacer correr el llanto de Gulia Morentali? ¿Es la ceremonia del dia siguiente? ¿Es la solemnidad de sus bailes, de sus festines, que tienen vuelta la cabeza á la mitad de las jóvenes de Venecia, la que provoca el llanto de los ojos de la novia? Tal vez aquellas

lágrimas son el tributo anticipado del amor al pudor; tal vez piensa en los terribles gritos que resonaron en su oído cuando hace algunos meses, visitando con sus compañeras el palacio del Dux, equivocó el camino y se perdió sola hacia una parte del edificio que la era desconocido: tal vez se acuerda de aquella plegaria de agonía: *una gota de agua por amor de Dios*. Tal vez el adorno de la desposada no es bastante brillante á los ojos de ella. Empero ¿por qué perder el tiempo en conjeturas?

—No lloreis, señora, se os pondrán los ojos encarnados; dejadme cantar una cosa alegre.

—Haces tanto ruido con tu guitarra, dijo la otra jóven, que le ha dado jaqueca á nuestra ama.

—Créeme, Claudina, dijo riendo la que cantaba; mas bien son tus manos, al peinar á la señora, las que la ponen mala.

—Las tuyas, María, no pueden tener oculta una carta de amor, replicó la de mas edad, lo que jamás han hecho las mías.

—Ya lo creo, Claudina; pero el hermano Anselmo dice que no merece ningun elogio no tener jamás tentacion que rechazar.

Tenia demasiada dignidad Claudina para responder: meneó la cabeza, y habiendo dado la última mano al peinado de su señora, se informó de si estaba contenta.

—Muy bien, Claudina; pero no tengo intencion de salir hoy, y así no tienes necesidad de quedarte para vestirme: yo te llamaré si necesito algo. María, quédate conmigo.

—Y ahora, señora, dijo esta cuando se hubo cerrado la puerta, ¿cómo podeis estar tan triste la víspera de vuestro matrimonio?

—Oh, María! Si pudiese decírtelo; y rompió á llorar.

—María, movida por su ejemplo, se arrojó en sus brazos y las dos confundieron sus sollozos.

El conde Morentali entró en el aposento.

—¿Qué, llorais hija mia en este momento! levántate y vistete pronto, ó las luchas de las góndolas habrán concluido y se habrán repartido los premios antes que Gulia de Morentali haya salido de su cuarto.

—Yo no puedo ir hoy con mis amigas á Santángelo, padre mio, y no querreis que salga, estoy segura.

—¿No querré, cuando he dado palabra á Lorenzo de que os llevaria yo mismo á Torralba? Era el único modo de detenerlo; iba á venirme á buscar él mismo, y para evitarlo me comprometí á llevarte temiendo....; Por San Márcos! pienso y siento que no me haya desobedecido; una jóven quiere mejor ser comprometida por un jóven galante que por su anciano padre tal vez.

—Querido padre, no insistais en que deje hoy la casa.

—¡Insistir! no á fé mia; el insistir no sienta bien á mi carácter; yo no mando las cosas mas que una vez: ó estate dispuesta á seguirme sin tardanza, ó el mismo Lorenzo traerá su mensaje.

—Lo que no puedo hacer por vos, padre mio, ¿lo querré hacer por otro? dijo Gulia, cuyos brillantes ojos dejaban revelar la sangre italiana.

—Siempre con mucha verdad, y sobre todo muy sumisa, replicó Morentali sonriéndose á medias. Sin embargo, con permiso tuyo ensayaremos lo que puede la destreza del arte persuasivo de nuestro jóven; es un arte de que no tendrá necesidad por mucho tiempo, añadió con una marcada intencion, y se marchó.

—En efecto, no tendrá largo tiempo necesidad de él con la pobre Gulia, dijo esta; pero vendrá sin duda y es preciso que me prepare á recibirle convenientemente.

Una forzada sonrisa apareció sobre sus labios mientras sus ojos se hallaban inundados de lágrimas.

Nosotros la dejaremos por este momento.

IV.

Terrible era en efecto la cámara del Consejo secreto del dux de Venecia. Era una pieza ancha y espaciosa, iluminada, no por el sol, sino por muchas lámparas dispuestas con arte. Una barrera baja y maciza se levantaba en el centro alrededor de un espacio circular: espesos tapices y triples puertas impedían que pudiesen llegar á fuera los sonidos. El suelo estaba cubierto de espesas alfombras, excepto el espacio ya citado, que tenía sobre unos doce pies de diámetro y se hallaba guarnecido de tablas.

Horrendas relaciones circulaban misteriosamente sobre esta fatal cámara: relaciones capaces de helar la sangre en las venas. Una puerta oculta detrás de la colgadura conducía á un cuartito donde los implacables agentes de la tiranía veneciana habían amontonado los instrumentos del tormento para retorcer los brazos, romper las piernas y reducir á polvo la médula de sus semejantes. Aquellas tablas rodeadas de una barrera eran movibles, y el cuerpo al que la agonía de la cámara dejaba apenas un soplo de vida, era arrojado en un abismo de una profundidad que hacía estremecer: corría aun el rumor de que se había algunos años antes practicado en el fondo una máquina que puesta en movimiento por la masa lanzada desde lo alto, acababa de reducirla á polvo.

Una escalera de caracol, colocada en un rincón y oculta por la tapicería, bajaba hacia el sitio donde se había preparado un tormento mas horrible todavía. Era una prision estrecha, de techo bajo, construida toda de hierro, demasiado pequeña para poder estar en ella de pie; pero en cualquier otro sentido dejaba á los miembros la libertad de su movimiento. Debajo habia un horno. Conducíase allí la víctima enteramente desnuda, y aun en una oscuridad completa, y el aire circulaba con dificultad. Durante algunas horas permanecía en la misma situación y comenzaba á sentir una extraña presión: bien pronto le faltaba el aire, y la sangre subía con violencia á la cabeza: devuélvenle el aire; respira, y el desgraciado cree haberse equivocado; pero no, no es un sueño, esta vez el calor es sofocante y el suelo intolerable: el desgraciado se ponía de puntillas, daba gritos de dolor y de espanto, imploraba compasión! Bien pronto sus miembros retostados no presentaban mas que una sola ampolla; la continuacion de los gritos anunciaba todo el horror de la agonía del moribundo, un minuto mas, y todo se apagará con la muerte. No, no, los verdugos son mas sabios en el arte de atormentar la vida. De repente el pavimento de hierro ardiendo da lugar al mármol mas frío que hielo, y arroyos de agua helada corren sobre sus llagas. Las delicias de esta transición son superiores á las fuerzas humanas. Permanece algun tiempo en un estado de semi-insensibilidad, que casi da tregua á su mal. Apodérase de él el frío, y esta reaccion es un nuevo suplicio: entonces se verifican los últimos esfuerzos de sus enemigos, que saben bien el indescriptible efecto de esto

cambio de tormento. Desaparece el suelo de mármol, y el desgraciado se agita y se retuerce sobre una cama de hierro candente. Renuévanse los gritos, y el cuerpo pasa con una horrible rapidez por todas las latitudes imaginables: la crueldad no puede ya nada sobre su víctima. Todavía alguna conmoción, algún gemido, y después un cadáver negro y desconocido es sacado de aquella horrible caverna y arrojado por una trampa para ganar á la aventura uno de los canales de Venecia. Tal ha sido la muerte de aquel Miollano que los gondoleros han designado como la última víctima del conde de Morentali. ¿Cuál otra debe seguirla?

Estaba solo sentado el conde en la cámara del Consejo secreto, recostado con indolencia sobre ricos almohadones. Hallábanse encendidas las lámparas, y dos hombres vigorosos, medio desnudos, cubiertos con una máscara, estaban allí de pie para ejecutar su siniestra voluntad.

—¡Que me traigan á ese miserable!

Y el infortunado gondolero Speranza se presentó encadenado delante de Morentali.

—¡Hola! eres tú. ¿Tienes alguna historia que contarme de ese conde cruel y sin piedad?

El prisionero, pálido como la muerte, tartamudeó estas palabras:

—¡Monseñor, monseñor!

Convulsivos movimientos parecían sofocar su voz.

—Sabrás todavía una mas dentro de poco, continuó Morentali con un tono friamente irónico: ¡lástima es que no puedas ir á contarla después!

—¡Monseñor! recordad vuestra promesa.

—He prometido el secreto y te será fielmente observado: mira en torno tuyo: ¿temes que haya algún indiscreto que cuente tus palabras ó tus gritos?

—Recordad, señor, que pertenezco á la servidumbre del duque de Régola.

—No lo olvido, eso mismo puede añadir algo á tu recompensa. Además, ¿piensas tú que Antonio te descubra aquí?

—Si llegase á encontrarte flotando delante de su palacio tal vez se admiraría de tu destino. Pero, adivinaría en el abismo que hubieses caído?

—¡Misericordia, monseñor! como la que esperais para vos mismo cuando....

—Vamos, las amenazas y los recuerdos no tienen poder; tú quieres pagar oraciones, bien; mientras las dices van á despojarte de tus inútiles vestidos para que sea un preludio del placer que aun no has soñado.

A una señal del conde quitaron una parte de las cadenas y de los vestidos al prisionero. Morentali volvió á tomar la palabra.

—Si algún tormento particular quieres escoger estoy dispuesto á complacerte. Tenemos la cuña, el baño de plomo derretido, á menos que no prefieras el barril de navajas. Como pareces sensible á los recuerdos de la amistad, ahí tienes la cámara ardiente en que tu camarada Miollano espía hace algunas semanas el crimen de haber señalado como propiedad de un noble veneciano una alhaja que veía sobre la cabeza de una muger. Pues que has encontrado su cadáver, sabes cual era la sentencia que sufrió. Verdaderamente hizo honor á aquella máquina; sus gritos eran desgarradores, sus convulsiones y agonía fueron largas y terribles. Yo mismo me hallé presente á su suplicio, y jamás espectáculo alguno me pareció mas grato. ¿Qué

dirías tú si probases esa cámara aunque no fuese mas que para rivalizar con tu amigo?

Durante este discurso del conde, el gondolero estaba como un hombre medio despierto; empero cuando llegó á la conclusion, cuando la risa satánica del noble llegó á sus oídos, se tambaleó entre sus guardas y se dejó caer en la estremidad de la barrera en un estado de incompleta insensibilidad; el terror le habia amilanado.

—En verdad, añadió Morentali, que seria perder tiempo aplicar el tormento á este imbécil: llevadle de aquí, que traigan un cirujano, y que esté preparado esta tarde para la visita.

V.

Bosquejemos en pocas palabras la vida del conde en cuanto lo exige la claridad de esta verídica historia. De una condicion inferior habia sido, joven todavía, elevado á la de noble por la muerte sucesiva de todos los herederos del título que llevaba. La asombrosa rapidez de estas muertes habia escitado extraños rumores y algunas sospechas; pero una vez ceñida la frente con una corona habia sabido el conde imponer silencio á todas las lenguas indiscretas, ya por el esplendor y la liberalidad de sus modales, ya por medios mas eficaces todavía. Pronto se casó con una joven noble de la mas grande belleza, y la magnificencia de la ceremonia nupcial ocupó á Venecia todo un mes; empero la condesa habia muerto en el espacio del primer año. El noble conde viudo, abandonó la carrera de los placeres por la de la ambicion. El oro y la intriga coronaron sus deseos con el mas feliz éxito: Morentali fué miembro del Consejo de los Diez, y se decia en voz baja y temblando, miembro tambien de un tribunal el que no se atrevian á nombrar públicamente. Una sola desgracia habia afligido al conde; lo extraño del suceso lo hacia mas funesto todavía. Sus hijos, cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre, jugaban un día en la terraza delante del palacio. Una góndola habia distraído la atencion del que los cuidaba; al volver á la terraza vió con indecible terror que habia desaparecido el joven Adolfo: de qué modo es lo que nadie supo decir. Todas las pesquisas fueron inútiles. No se volvió á oír hablar mas del niño, y muchos años después, su hija, habia llegado á la primavera de la juventud, y cuando ya habia olvidado á su hijo, recibió una impresión profunda.

No es admirable que el conde viudo, en la flor de la edad y dotado de todas las ventajas brillantes de su posicion, buscase alguna vez la sociedad de las mugeres aunque no tuviese intencion de contraer nuevos vinculos. Asi se decia que no era solo por tomar el aire ó distribuir limosnas por lo que Morentali visitaba las calles mas retiradas de Venecia.

Hacia algun tiempo que se veia una preciosa joya brillar en la cabellera de una linda muchacha de ojos negros, que vivia en la Strada, conocida bajo el nombre de San José. La hermosa no parecia cuidarse de ocultar aquel adorno: una tarde que bajaba por las orillas del canal inmediato un joven gondolero, que por casualidad se aproximó á ella, exclamó imprudentemente:

—¡Santos del Paraíso! apostaría la cabeza y mi alma á que esta alhaja es la misma que....

Una ruda mano amiga cerrándole de pronto los labios, no impidió que se oyese estas palabras.

Aquella misma noche Miollano se encontró en uno de los calabozos del Consejo de los Diez. Fué despues interrogado por Morentali, que parecía tomar un vivísimo interés en aquel negocio: empero el gondolero no pudo dar ninguna respuesta satisfactoria, sino que persistia en reconocer la alhaja aunque no pudiese nombrar su propietario ni declarar los motivos de sus sospechas. Su silencio fué juzgado culpable, y para hacérselo romper, en vano le impusieron los mas crueles tormentos. Habia visto demasiado para conservar su libertad: el conde, testigo de todo, insistió porque sufriese la horrible agonía de la muerte en la *prision ardiente*.

Esta pena en sí misma no hubiera producido efecto ninguno en Morentali; demasiado acostumbrado á semejantes escenas, para sentir compasion ó remordimiento; pero poco despues de este suceso se suscitó en el ánimo de la nobleza una idea demasiado horrorosa para que soportase sus tormentos. Le asaltaba dia y noche hasta que, en fin, fué intolerable aquella incertidumbre. El noble veneciano resolvió emplear como último recurso el ministerio de un célebre mago ó astrólogo que habitaba en una de las salas del palacio ducal. Reteniánle allí para imponer al pueblo una idea formidable é indefinida del poder del Consejo, lo que no hubiera hecho una invencion humana. La fama de Columbo Asprenici era usurpada. Dejábase llegar á él difícilmente; era preciso que el conde en persona solicitase el favor de ser admitido en la presencia del astrólogo.

VI.

Cerca de la media noche era, cuando Morentali, envuelto en una ancha capa, penetró armado, pero sin ser acompañado de nadie, en aquella imponente morada donde todo respiraba el terror.

La oscura estancia en que el mágico se entregaba á sus fatídicos trabajos, encerraba pocos de esos atributos de que los romanos y la supersticion tienen costumbre de rodear á los que se consagran á las ciencias ocultas. Llegó el conde á aquel cuarto que sus paredes de piedra y su abovedado techo hacia parecer una prision: atravesó muchos grandes salones y sombrías galerías, horrorosas soladuras, retiro impenetrable donde el terror servia de puerta y de cerrojos. Armóse de valor Morentali para seguir su terrible camino á la prision del astrólogo, aunque ella fuese de naturaleza que le impusiese un desusado temor ó un sentimiento de respeto.

Un hombre de mediana edad, de formas débiles, facciones á la vez delicadas y pronunciadas, se levantó para recibir al noble veneciano. Hallábase medio cubierto su rostro con una barba de anciano: llevaba por vestido una sencilla túnica oscura, y mas tenia apariencias de un hombre disgustado del mundo, que el venerable aspecto que su alta reputacion de sabiduria hacia creer. Un trasparente globo en cuyo centro parecia brillar una luz, algunos instrumentos de matemáticas esparcidos en medio de una multitud de papeles y pergaminos, una pequeña columna de mármol negro cubierta de inscripciones en caracteres extraños, eran los objetos que se distinguian en aquel aposento. Detrás de Asprenici habia una gran ventana; empe-

ro la luna no derramaba en ella ninguna claridad, aunque esta reñá de los cielos inundase á Venecia entera con sus plateados rayos. Cuando Morentali entró en el palacio ducal se quitó su máscara.

El astrónomo tomó primero la palabra.

—¿A qué feliz casualidad debe el humilde recluso atribuir la visita del mas noble y mas ilustre senador de Venecia?

—Al escusarme de interrumpir vuestros trabajos vengo á implorar de vos lo que ningun otro puede concederme.

—Aun cuando yo no conociese al señor de Morentali, la hospitalidad que he recibido de vuestra generosa ciudad, me impondria el deber de consagrar mis débiles esfuerzos en servicio de sus hijos. Hablad, signor; estoy á vuestra disposicion.

—Sabio Asprenici: un hombre, que como vos, sabe todos los secretos de lo pasado, debe recordar sin trabajo cualquier suceso. Hace algun tiempo que un miserable espiró en un calabozo del palacio en espacion de un insulto que me habia hecho. En su interrogatorio habló de una alhaja cuyo recuerdo está asociado en mi alma á extraños pensamientos. Quisiera, si se pudiese aclarar este negocio, saber sobre quien se ha ejecutado mi sentencia.

—¿La victima llevaba el nombre de....?

—Miollano, entre sus camaradas, respondió con voz sofocada el conde.

—La alhaja fué dada por vos, signor, á una muger de esta ciudad, dijo el astrólogo medio sonriéndose; ¿cómo se hallaba en vuestras manos?

—Estaba hace mucho tiempo con otras de mi familia. No me acuerdo muy bien; sin embargo, si no me es infiel la memoria, era elegante y de poco valor.

—Cualquiera que sea la estension de mi saber, es la respuesta de otro la que necesitais oír, si estais resuelto á penetrar este misterio. Quisiera disuadiros de ello, porque las consecuencias de esta investigacion serán terribles, y al fin pueden ser fatales. ¿No podeis contentaros con creer en una mentida jactancia de ese Miollano, á quien la obstinacion haya impedido retractarse, ó no puede haberse equivocado él mismo, pretendiendo conocer aquella alhaja?

—No he venido á veros, Asprenici, para tomar lo opinion de un doctor, y no soy hombre que me asuste de poco. Os ruego, pues, satisfagais mi deseo sin dilacion por esos medios que vos solo poseis. Creo que no es ofenderos el hablaros de recompensa, añadió el conde colocando con aire indiferente sobre la mesa un pesado bolsillo.

—Os he dicho, señor, que os obedeceré; empero, cuidado de no estremeceros cuando se presente el único que puede responder á la pregunta propuesta. Manteneos ahora sentado y en silencio.

Columbo Asprenici se levantó, sacó de una caja que tenia cerca un puñalito de plata sin vaina y admirablemente cincelado. Cogíéndole con la mano izquierda, se sirvió de la otra para sacar del mismo sitio una larga cadena, ligera, de un metal oscuro, salpicada en varios puntos con manchas carmesies que brillaban como lentejuelas cuando se movian sus eslabones.

Atando el astrólogo un extremo de la cadena á la columna negra de que hemos hablado, colocó el otro bajo el globo trasparente que contenia y despedia una luz infernal. Dirigióse en seguida hácia uno de los rincones de la

estancia, donde algunos momentos despues se oyó el tañido de una enorme campana, y Morentali creyó ver escaparse chispas de las manos de Asprenici cuando daba golpes sobre la pared. De repente se apagaron, y el mágico volviendo al globo, tocó la cadena hácia la mitad con su puñal de plata. De pronto se apagó la llama del globo: se oyó un horrendo rugido que no era ni el ruido del trueno ni el grito de un animal, y por un instante, el cuarto quedó envuelto en profundas tinieblas. Levantóse entonces sobre la cúspide de la columna una ligera llama verde, y las inscripciones de que se hallaba cubierta se mostraron en caracteres de fuego: despues, todavía volvió á oírse el mismo horroroso ruido, volviendo á quedar el cuarto de nuevo sumergido en la oscuridad. Cogió el astrólogo la mano de su huésped llevándosela á la cadena de la columna, y poco despues á la ventana. Al abrir esta Asprenici volvió á sonar por tercera vez el terrible tañido: Morentali vió delante de sus ojos una gran llanura: parecia, sin embargo, que era de noche: no habia luna en el cielo; parecia todo efecto del sueño de un calenturiento.

—Ahora estad firme y no temáis, murmuró Columbo.

Un vasto horizonte y un cielo azul subido se estendia delante de él, empero ni una estrella, ni una nube. Un ruido semejante al de las hojas secas, arrebatadas por el soplo de los vientos de otoño, comenzó á oírse y se fué aumentando por grados. Diversos meteoros brillaron á los ojos del conde, y sucesivamente se desvanecieron. Viéronse entonces dos largas líneas encarnadas que parecian descender de encima del edificio y alcanzar la llanura á alguna distancia: el espacio que las separaba se llenó de diversos colores de fuego, hasta que un vasto cinturón se formó del cielo á la tierra. La atronadora campana dió de nuevo un golpe, y la claridad cambió de lugar con mágico resplandor. Dos veces se vió una forma tenebrosa pasar rápidamente por debajo del terrible arco: al tercer golpe, la forma espantosa, indecisa y no bien acabada, se labzó rápidamente á la ventana mientras que resonó de nuevo en su interior el rugido. Morentali no se atrevió á mirar á aquel asqueroso objeto: envolvió su cabeza en su ancha capa. Asprenici murmuró todavía:

—Habla solamente y ten prudencia; te se permite hacer tres preguntas.

El noble, antes tan altivo, preguntó con desfallecida voz, aguardando temblando la respuesta.

—¿Vive mi hijo?

Una voz respondió, *ha muerto!* con un tono vago, vibrante, extraño á la tierra, y que resonó en lo último de su alma. Mudo permaneció el conde: su última esperanza acababa de desvanecerse. Medio volviósse experimentando un profundo pesar, en tanto que su compañero le recordaba que no le quedaban ya mas que dos preguntas que hacer.

Habló con una voz mas firme.

—¿Cuál es esa joya que tenia Gúlia Venegas?

—La llevaba tu muger el último día que se vistió.

—¿Cómo ha podido reconocerla Miollano? dijo el conde con tono bastante indiferente.

Esta pregunta fué contestada: y el noble italiano, lanzando un grito desgarrador, cayó en el suelo privado de sentido.

VII.

Lorenzo de Castilla conducia á su bella futura en la góndola nupcial á las escaleras de la iglesia de Santa Ana. Lorenzo, en la flor de su edad, dotado de un noble esterior y con una inmensa fortuna, parecia digno en todo de Gúlia Morentali. El sobrenombre de Duelista manifestaba las numerosas hazañas de su espada; y las discretas paredes de las casas de mas de una señora veneciana, sabian sus talentos en la ciencia del amor. Su nombradía le habia hecho entre todos sus rivales distinguir de Morentali. Sumisa á la voluntad paterna, Gúlia habia aceptado los homenajes de Lorenzo con repugnancia, pues aunque sus afecciones virginales no se habian fijado en otro, aborrecia á aquel hombre, al que la obligaban á consagrar su amor.

No se hacia ilusiones. el esposo sobre los sentimientos de su futura; pero le importaba poco: no tenia designio de someter su ternura á duras pruebas. Casábase por capricho, y tal vez porque su disipada vida le impulsaba á restablecer en Venecia su reputacion y su crédito: tales eran los sentimientos de los que en una deliciosa mañana se encontraban á la cabeza de una brillante comitiva nupcial sobre los escalones de la iglesia de Santa Ana aguardando se presentase el conde de Morentali.

Llegó el conde y entró la comitiva en la iglesia: hizo oír el órgano sus dulces melodías; mecieronsse los incensarios llenando el aire con sus aromas y perfumes: el esposo llegó al altar con su amable compañera: los amigos de las dos familias formaron un ancho simicirculo, y el sacerdote se adelantó para recibir sus votos. Salió entonces Morentali á su encuentro.

—Esperad, padre mio; tengo una palabra que decir á mis amigos, y sobre todo, á estos jóvenes antes de que unan sus manos. Lorenzo y Gúlia, todos vosotros, escuchadme. Hoy hace un mes que el gondolero llamado Miollano, fué á instancias mías preso por los agentes del consejo y conducido á mi presencia en la cámara del tormento del palacio, por el crimen de haber reconocido una alhaja. Hija mia, ¿has visto tú alguna vez esa alhaja.

Gúlia se deshacia en lágrimas: su padre continuó.

—¡Ah! Tú la conoces! Pues bien, amigos mios; yo debo informaros que me perteneció en otro tiempo y que se la di despues á una muger de esta ciudad, volviendo despues á recogerla desu mano. Miollano la vió en su poder, y como delante de mí rehusó decir porqué la reconocia, hice hacer pedazos por los tormentos los miembros de su cuerpo, y le hice quemar despues hasta morir en la *prision ardiente*.

Puede imaginarse que efecto produjo aquella horrosa comunicacion hecha por Morentali en tono frio, sereno y casi indiferente.

Lorenzo fué el primero que rompió el silencio.

—Páreceme, signor, que esta historia conviene mas á los archivos del consejo que á una santa iglesia, y conviene menos todavía á los oídos de Gúlia.

—¿Por qué, señor de Castiglia? Porque la víctima era mi hijo y su hermano!...

Una especie de salvaje é insensato aullido acompañó á estas palabras. El conde de Morentali colocó una pistola sobre su frente, y su detonacion cubrió el grito de angustia de Gúlia moribunda, que espiró en los brazos de Castiglia.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

EL PRIMER DIA DEL AÑO EN EL JAPON.

En sus fiestas mas religiosas los japoneses no se contentan con entrar en los templos, dirigir sus oraciones á la divinidad y depositar ofrendas: les gusta sobre todo visitar á sus patronos y á sus amigos, persuadidos de que estos casos de cortesía son agradables á las potestades del cielo, que tienen gran interés en la felicidad del hombre en la tierra.

En el día primero del año, cada cual se viste esmeradamente; se pone la túnica llamada *kamisyno*, y va á visitar á los poderosos, á ver á sus amigos y los miembros de su familia. Despues de un cumplido adecuado á las circunstancias, se ofrecen una caja que contienen muchos abanicos. Sobre la tapa de aquella caja está escrito el nombre del que hace el regalo, porque la persona á quien se destina el objeto puede no estar en casa ó no estar en

disposicion de recibir las visitas. Se tiene cuidado de atar á los abanicos un pedacito de *awabi* (*Auris marina*) á fin de que los japoneses no olviden el modo sencillo y frugal con que vivian sus antepasados. Hay en el vestibulo ó portal de ciertas casas un hombre encargado de escribir el nombre de las visitas y recibir los regalos que traen.

Por la noche hay en cada casa una gran comida. La fiesta, que se llama *Sognats*, dura tres dias; pero las visitas y los regalos duran todo el mes.

Hasta los mas pobres toman parte en la alegría y regocijo general: piden prestada ó alquilan una túnica de ceremonia, y cuelgan de su costado una cimitarra y recorren así las calles haciendo mil contorsiones, ejecutando las pantomimas mas grotescas, echando á volar cometas ó pandorgas, y recibiendo la limosna que les dan las personas ricas y acomodadas.

El día primero del año es celebrado en todos los paises del mundo segun el grado de cultura de cada nacion y la indole de cada pueblo.



El día primero del año en el Japon.